

## Capítulo 1

Jericó, enero de 2010

El día que todo ocurrió, tras desayunar dos galletas rellenas de dátiles y una taza de té con hojas de hierba buena, siempre con azúcar, Rania se encaminó hacia la casa de su amiga del alma, Yasmin, y su hermano, Abdul Sid Alam, los tres inseparables desde niños. Los Sid Alam eran una de las familias más antiguas de Jericó; a ellos les gustaba decir que de siempre, milenarios, porque los años en Jericó se podían contar por millares, hasta diez veces.

Rania no había nacido allí; cuando su padre aún era joven abandonó la ciudad para enrolarse en la Organización para la Liberación de Palestina; aquellos afanes le llevaron a Beirut y finalmente acabó refugiado en El Cairo, donde contrajo matrimonio con una cooperante americana llamada Samantha, y nació Rania, que fue su única hija. Pronto, cuando ella apenas tenía dos años, volvieron a Jericó.

Su madre se convirtió al islamismo y se hizo una ferviente observadora de los preceptos del Corán, pero no dejó de

inculcar a su hija valores de la cultura americana: el individualismo, como medio a la no dependencia de los demás; el sentido de la igualdad, al margen de etnias y religiones; la competitividad, entendida como orientación al logro, y el desapego a la tradición. Si gestionar el caudal de ideas, sensaciones y sentimientos no es nada sencillo para una mente común, razonar, entender y vivir conciliando dos culturas tan opuestas era un reto, casi un arte. A veces, Rania sentía que pensamientos y sentimientos opuestos la asfixiaban, como en medio de una virulenta tempestad de arena. De ahí su costumbre de preguntarlo todo, su ansia de aprender, para aplacar estos torbellinos, para entender a unos y otros, pero al final en su mente se acababa imponiendo la lucidez y, con ella, su generosa alegría.

Samantha siempre le habló en inglés. A su padre, descendiente de los Abdallah, arraigada familia de Jericó, no le hacía mucha gracia porque no le gustaba la cultura occidental, pero en el fondo sabía que conocer ese idioma algún día podría resultarle útil a su hija, así que, aunque a regañadientes, nunca se lo prohibió. Solo les puso una condición: que jamás lo hablaran delante de otras personas.

Rania, Yasmin y Abdul se formaron bajo la misma educación, impartida en las escuelas públicas promovidas por la Autoridad Nacional Palestina del municipio de Jericó. Principios honestos basados en las enseñanzas del Corán, lengua árabe, incipientes conocimientos de hebreo e inglés, matemáticas y ciencias naturales. Las ventanas de su escuela no tenían cristales y algunas paredes amenazaban ruina; decían que años atrás, durante una incursión, un carro de combate disparó un proyectil de 120 milímetros que impactó y destruyó parte del edificio. Podía ser cierto o no, pero eso no importaba. Se reconstruyeron ventanas y paredes, hasta donde llegó el dinero. En Jericó, que miles de años atrás había sido el pueblo más próspero del mundo, una casa medio en ruinas bien podía ser un colegio.

Los tres, unidos desde la infancia, crecieron con la misma ilusión que los niños de París o San Francisco, pero habitaban en aquella ciudad eterna, que se halla enclavada casi trescientos metros por debajo del nivel del mar, como para imponer su peso en la historia. La vida allí tenía un matiz distinto, acaso por el perfume a sal que llegaba desde aquel mar tan extraño, muerto, que se encontraba a pocos kilómetros, o quizá porque era más frágil. Se vieron envueltos en guerras y creencias, o en creencias que provocaban guerras. Tierra Santa para los cristianos, Sagrada para los musulmanes y Prometida para los judíos. De futuro incierto para sus hijos.

Rania albergaba inquietudes sobre esas creencias: ¿por qué judíos, cristianos y musulmanes se habían matado durante tantos siglos en nombre de su Dios? ¿Por qué, si todos los dioses predicaban bondad y prometían el paraíso? ¿Qué paraíso? Ella pensaba que el paraíso estaba allí, con su familia y sus amigos, en aquella tierra pobre pero divina, no entendía el odio, pero había tanto a su alrededor...

Ocultaba una larga cabellera negra bajo su *hiyab*, heredó de su padre una tez almendrada, los ojos grandes y negros y unos labios perfectamente definidos y carnosos; de su madre recibió unos pómulos prominentes, una nariz pequeña un tanto respingona y unas largas piernas que la alejaban de la tierra un metro setenta y cuatro centímetros, muchos para una mujer en aquella tierra. Esos rasgos exóticos, combinados en armonía, la dotaban de un atractivo sublime; llamaba mucho la atención no solo a los hombres, también a las mujeres de Jericó, que no dudaban en resaltar su belleza incomparable. La mujer joven más bella de Jericó, puro magnetismo.

Su madre compartió con ella el amor al arte, la música, y además le enseñó lo importante que era cuidar su aspecto y en especial su piel para evitar que sufriera los excesos de aquel sol abrumador.

Rania no salía de casa sin aplicarse una fina raya en los ojos hecha con *mesdemet*, un polvo que en el antiguo Egipto se obtenía de un mineral llamado galena y se empleaba para aliviar los ojos de los rayos del sol, como protector de enfermedades oculares y como repelente de los mosquitos. A Rania esa raya en los ojos simplemente le encantaba, porque sentía que le hacía parecerse a su madre. También aprendió de ella a dormir con una jofaina a un lado de la cama, para la limpieza matutina y nocturna, seguida de la aplicación de ungüentos hechos de minerales del mar Muerto. Por último incluía en sus cuidados una gotita de aceite de oliva en sus labios para combatir la resequedad del clima. Esos eran sus secretos de belleza, que solo compartía con su querida amiga Yasmin.

Vivía rodeada de pobreza, pero se sentía muy afortunada. Amaba tanto esa tierra... Amaba tanto su vida...

## Capítulo 2

**A**lgunas tardes, cuando los turistas llegaban para fotografiarse junto a aquel viejo árbol desde el que el Mesías de los cristianos predicó un día, Rania se acercaba y se ofrecía para ayudarles, orientarles, hacerles una foto con sus propias cámaras, cualquier cosa que necesitaran.

Los visitantes se sorprendían al ver a aquella preciosa chica palestina tan alta y que hablaba inglés con marcado acento americano. Ella se ofrecía para acompañarles a dar un paseo por las tiendas y les servía de intérprete. No pedía nada a cambio, lo hacía para poder hablar con ellos. Le interesaba todo, saber dónde y cómo vivían, a qué se dedicaban, cómo pensaban; así aprendía de otros mundos y otras vidas. Había parejas que discutían mucho, sin importarles la presencia de extraños, lo que no le gustaba; enamorados que no se soltaban de la mano ni un momento y, a veces, hasta se besaban. Ella se ruborizaba y giraba la cabeza; «hacer eso en público no está bien», pensaba. Pero instintivamente les miraba con disimulo, no podía

dejar de hacerlo y, aunque sabía que era algo inapropiado, le gustaba que se demostraran su cariño, allí, delante de todos. Eran esas turbulencias continuas con las que convivía su pensamiento.

La mayoría de los turistas, agradecidos por su ayuda, le daban una propina, casi siempre en dólares o euros. Ella no quería aceptarlos pero ante su insistencia los guardaba.

Una tarde de primavera uno de aquellos destartalados coches que pretendían ser taxis y llegaban cargados de turistas paró junto a la plazoleta que rodeaba el árbol. Sin esperar a que el vehículo se detuviera por completo, se abrió la puerta trasera derecha y salió de su interior su única pasajera, una mujer de unos cuarenta años. Llevaba el pelo cortado a la altura del hombro, teñido de rubio claro. Vestía una elegante blusa negra y falda beis con exagerados botones negros en su frontal. Se cubría parte del rostro con unas enormes gafas de sol de ostentosa montura oscura. Se movía con energía, como si tuviera prisa.

Antes de que el conductor, que a la vez hacía de guía con su muy limitado y tosco inglés, le pudiera explicar la historia de aquel milenario árbol, ella exclamó en un tono punzante:

—¿Este es el árbol de Jericó? —y añadió en voz baja—: Pues vaya mierda.

—*Sorry?* —preguntó el conductor, haciendo uso de la palabra que más cómodamente pronunciaba de entre su escaso vocabulario inglés.

Ella le contestó:

—Ya lo he visto, está bien, larguémonos de aquí.

El voluntarioso hombre no entendía nada y comenzó a sudar del apuro que sentía. Entonces vio a Rania al otro lado de la calle, que asistía a la escena, y le gritó en árabe:

—¡Eh, ven aquí! Ayúdame, no comprendo a la señora.

Rania, cuya apariencia ya era entonces la de una mujer, empezó a cruzar la calle con su andar de gacela. Llevaba puestos unos *jeans* y una túnica de lana gris oscura.

La turista levantó las cejas hasta donde la última inyección de botox le permitió, al tiempo que con la mano derecha se bajaba las gafas de sol hasta la nariz. La contempló de arriba abajo: entre aquella polvareda parecía un espejismo, tan alta, con ese porte...

—Hola, ¿le puedo ayudar en algo? —se ofreció Rania en perfecto inglés con su acento americano y no sin ciertas reservas.

—Sí, por favor, dile a este hombre que el árbol ya lo he visto, que me lleve a otro sitio.

Rania se apresuró a traducir al conductor. Este, satisfecho, le indicó:

—Escucha, esta señora viene de uno de esos lujosos hoteles del mar Muerto. Me la trajo un guía israelí que la dejó en la Jericó Junction, en el parking de la estación de servicio de la autopista, allí la recogí. Pasó conmigo el *checkpoint* israelí y nuestras garitas de aduanas. La tengo que devolver al mismo sitio en tres horas. Ha contratado una visita al árbol, a la ciudad, a las ruinas y las cuevas. —Se protegió con la mano del sol de media tarde que le estaba deslumbrando y prosiguió—: Es un poco rara, como todos los que vienen de Nueva York: viaja sola, no para de hablar y aunque sabe que yo no la entiendo le da igual, me da que se habla a sí misma. ¿Por qué no nos acompañas y haces de intérprete? Te daré algún dólar.

Rania no tenía que ayudar a su madre aquella tarde y su amiga Yasmin, con la que solía pasar los pocos ratos libres que tenía, se encontraba enferma y no iba a salir de su casa, así que no se lo pensó: pasaría el rato con ellos. Además aquella mujer, aunque la intimidaba un poco, parecía interesante, distinta a las habituales parejas que pasaban por allí; algo nuevo aprendería.

—Claro que sí —le contestó, y dirigiéndose a la extranjera con su impecable acento le dijo—: Si lo desea, les puedo acompañar y hacer de intérprete.

—Fantástico —exclamó la visitante—, me llamo Anne.  
—Y extendió la mano.

Rania le ofreció la suya con ciertas dudas, aquella no era la manera correcta de saludarse, pero...

—Qué bien hablas inglés —elogió la turista—, ¿dónde lo has aprendido?

—Mi madre era americana. —Siempre lo decía en pasado, como si al hacerse musulmana también hubiera renunciado a su nacionalidad.

—¿Y tú?

—Yo soy de Jericó —respondió orgullosa. Era la única mentira que se permitía decir, porque a Rania no le gustaba explicar que había nacido en El Cairo cuando sus padres estaban exiliados.

Visitaron las ruinas de la antigua ciudad, donde restos de sus preciosos mosaicos todavía se conservaban en el suelo, y Rania, con gran satisfacción, le iba narrando los anales de aquella urbe milenaria...

—En la Biblia, Josué afirma que la ciudad se fundó siete mil años antes de Cristo, luego ahora tendría más de nueve mil años. Sin embargo, algunos restos excavados indican que podrían ser hasta once mil.

La turista la miraba atentamente, ya sin las gafas de sol. Y Rania proseguía, se había aprendido muy bien la historia de tanto repetirla a los visitantes y la narraba muy seria, como si realmente fuera una guía profesional.

—En sus orígenes estas tierras fueron un oasis, luego una aldea de piedras, hasta que se convirtió en el poblado más grande de su época. Sus primeros habitantes fueron los cananeos, después a lo largo de la historia pasaron por aquí muchos pueblos

de distintos orígenes: judíos, otomanos, ingleses, jordanos... Ahora es una de las principales ciudades de Cisjordania, en lo que ustedes denominan territorios administrados por la Autoridad Palestina...

A Rania, su madre le permitía que hiciese de guía, esas propinas les venían muy bien, pero le había advertido de que tuviera cuidado cuando explicaba las cosas, que siempre fuera muy objetiva porque, aunque los visitantes podían parecer iguales, había personas de todos los orígenes y era mejor no meterse en opiniones religiosas o políticas. Ella no tenía ningún interés en la política y detestaba la violencia, tan habitual por aquellas tierras, así que con gusto evitaba cualquier comentario que pudiera generar controversia.

Cuando tomaron el escacharrado vehículo para dirigirse al frágil teleférico, que subía a las cuevas donde Jesús ayunó y oró durante cuarenta días, Rania se fijó atentamente en aquella señora. Vestía con simplicidad en el diseño, pero lucía muy atractiva, tenía un aspecto muy estimulante. Sin pensarlo, le preguntó:

—Va usted vestida con mucho estilo, ¿qué hace en su ciudad?

A partir de ahí la mujer no cejó en su discurso. Le contó los pormenores de su vida. Dirigía un canal de televisión. Estaba divorciada y tenía una hija de su edad. Pasaba unos días en el mar Muerto para descansar del estrés de su trabajo. Vivía en Nueva York. A Rania los visitantes que procedían de aquella ciudad le parecían los más peculiares: todos venían a relajarse de esa vida agitada que decían que llevaban, pero, sin embargo, andaban entre las ruinas con prisas, como si tuvieran que ir a un espectáculo y llegaran tarde, y esta mujer no era la excepción.

Finalmente subieron en el aventurado teleférico construido con fondos donados por el Gobierno noruego que ascendía vertiginosamente hasta las cuevas. Rania conocía bien lo que decían los escritos sagrados cristianos sobre aquel lugar

y se lo explicó junto al precipicio de más de trescientos metros de altura:

—Aquí su demonio tentó a Jesucristo hasta tres veces. Por el hambre, por su poder y finalmente le invitó a que se tirara al vacío, porque sus ángeles le recogerían. —Rania tenía la impresión de que la señora, más que escucharla, la observaba.

De pronto la interrumpió:

—Eres muy guapa, Rania. —E hizo una pausa—. ¿Sabes?, en América podrías ser una preciosa modelo.

—¿Qué es ser modelo? —preguntó Rania.

—Una modelo se prueba ropa y vestidos y los luce en países delante de muchas personas.

—¿Para qué?

—Pues para que la gente los vea y después, cuando lleguen a las tiendas, los compren. Se ganan bien la vida, las mejores muy bien.

Rania nunca había salido de Jericó y eso de que las mujeres trabajaran exhibiendo su cuerpo no le parecía correcto.

La turista, en un último esfuerzo por resaltar las bondades de aquella profesión, añadió:

—Además, si fueras modelo, podrías vivir en Nueva York.

—¿Por qué iba yo a vivir en ese lugar?, a mí me encanta vivir aquí —le contestó orgullosa Rania.

—Mira, tienes un cuerpo mucho más hermoso que la mayoría de ellas. —Y la turista americana sacó de un gran bolso Louis Vuitton un ejemplar de *Harper's BAZAAR* especial de la Semana de la Moda de Nueva York. Puso la revista sobre una pequeña mesa redonda plateada del bar ubicado junto a la entrada de las cuevas en el que se hallaban, emplazado en esos trescientos metros de altura y separado del abismo por una rudimentaria barandilla. La vista era excepcional pero a la turista no le importaba mucho. Rania quedó prendada de aquellos reportajes en los que brillaban sexis y guapas modelos con

esos exuberantes vestidos, sus bellos colores y las texturas que casi se podían sentir.

Aquella ejecutiva de Nueva York se había quedado prendada de la joven, de sus maneras, de su educación y del magnetismo que desprendía, y al tiempo la conmovía: era tan bella o más que muchas de las estrellas de televisión y actrices que conocía por su trabajo, pero no respiraba malicia alguna ni envidia. Al contrario, transmitía paz y serenidad.

No le pasó desapercibida la atención que ponía Rania en aquella revista, así que una vez bajaron del teleférico, y antes de entrar en el vehículo por última vez rumbo a la estación de servicio donde la recogería el guía israelí, le dijo:

—Toma, quédatela. —A continuación, sin que se diera cuenta el conductor, que les seguía aburrido caminando a unos diez metros de distancia, se sacó del bolso una pequeña cartera en la que se leía Dior, le dio unos billetes doblados, al tiempo que le guiñaba el ojo, y le susurró—: Guárdatelos, son doscientos dólares. Mi nombre es Anne Ryce, toma mi tarjeta; cuando vengas a Nueva York, llámame y yo seré tu guía en mi ciudad.

Rania se asombró por la cantidad de dinero que le había dado, nunca había visto tantos dólares juntos.

—No, señora, no puedo aceptarlo: es mucho dinero. —Y alargó el brazo para devolvérselo.

Ella inmediatamente le empujó la mano hacia atrás, se puso el dedo índice en la boca y murmuró:

—Quédatelos, pero me has de prometer una cosa: son solo para ti, los guardarás para gastarlos en Nueva York. —Le dedicó una sonrisa y prosiguió—: Ahora dile a este hombre que me saque de aquí, ya he tenido bastante de Mesías y cuevas.

Rania rio abiertamente ante aquella mujer tan especial.

### Capítulo 3

**G**uardó bajo su cama aquella revista como un pequeño tesoro, con los doscientos dólares entre sus páginas interiores. Muchas noches, cuando aquel silencio tan antiguo de Jericó acunaba a todos, encendía una pequeña lámpara y la hojeaba y releía, desde la portada hasta la última página, incluso los anuncios, por lo que conocía todas las marcas. Si era verdad lo que decían, realmente la vida allí era muy distinta; con los perfumes llegaba el amor, con las cremas las mujeres se hacían más jóvenes y con fastuosos relojes y complementos, más guapas...

No se cansaba nunca, había días que cerraba los ojos y le parecía que vivía aquellos pases de modelos de esa ciudad tan grande, de edificios tan altos, de la que todos hablaban.

Ella tenía muy poca ropa: un viejo abrigo de su madre, tres túnicas de color oscuro que acostumbraba a llevar sobre alguno de sus dos pantalones, unos *jeans* y otros de lino color oliva, que combinaba con cuatro blusas, dos blancas, una beis y su favorita, una cuarta de color rosa con diminutas amebas azules.

Además disponía de varios pañuelos para hacerse el *hiyab*. No tenía ningún dinero para comprar. En su casa apenas llegaban a fin de mes. Cuando su padre empezaba a prosperar en el comercio falleció de un infarto con solo cuarenta y cinco años de edad; ella tenía entonces once. Para sobrevivir, su madre cultivaba un pequeño huerto que había recibido en herencia y vendía hortalizas frescas en el mercado. Rania la ayudaba trabajando la tierra, no le importaba pasar horas encorvada bajo el sol.

Su madre le insistía para que volviera pronto a casa y no permaneciera en el huerto hasta el final de la jornada. Rania bajaba ligeramente su pañuelo puesto a modo de turbante para proteger su rostro del penetrante sol, le dedicaba una sonrisa con sus blancos dientes y contestaba:

—No, mamá, es aquí donde debo estar. —Y no dejaba de labrar, en ocasiones hasta el anochecer.

Samantha no insistía, conocía la determinación de su hija y sabía que era inútil luchar contra ella. Nada le haría cambiar de opinión, y además la necesitaba, sin ella no podía cultivar el huerto del que vivían. Al final del día regresaban juntas. En el camino de vuelta a casa Rania no cesaba de hablar... Quería conocer más sobre su vida en Estados Unidos antes de irse a El Cairo, sobre su padre, cómo le conoció y se enamoró, qué le dijeron sus amigos y familiares americanos cuando les anunció su boda... Siempre preguntándose todo, por curiosidad o para aprender. Para Samantha era el mejor momento del día, las dos solas hablando por los codos. A veces dudaba de si al morir su marido debería haberla enviado a América con sus familiares; ella tenía muy poco futuro que ofrecerle, pero la veía tan feliz, siempre sonriendo, siempre queriendo ayudar a todo aquel que se acercara.

Rania participaba en las labores del cultivo con gusto; sin embargo, había algo que detestaba: la tierra que se le introducía entre las uñas y las yemas de los dedos. Por supuesto, jamás

se lo dijo a su madre. Se fijaba mucho en las manos de esas chicas de la revista, tan pulcras, tan cuidadas. Pero no se agobiaba, cada mañana repetía un ritual: antes de ir a la escuela dedicaba un buen rato a quitarse pacientemente esa arenilla con un afilado palillo. Hasta que no quedaba ni rastro. Todas las mañanas del año.

En aquellos reportajes de la revista había algo que le escandalizaba: las chicas mostraban todo su cuerpo sin ningún pudor, no se podía imaginar a sí misma vestida con falda corta en un lugar público. Aunque... ¡aquellas prendas eran tan bonitas! Entendía que las mujeres las quisieran lucir, pero ella nunca haría algo así, en contra de los preceptos. Bueno, quizá algún día, en su casa frente a su marido.

Sin embargo, con el tiempo lo que más le llamó la atención de aquella revista era un artículo sobre una mujer americana de otra época. Parecía frágil y fuerte, alegre y seria, clásica y moderna. Muchas de sus fotos eran en blanco y negro, pero su magnetismo era tal que casi hasta se podían ver los colores de sus bonitos vestidos. Sentía que era ella la que la miraba desde aquel papel *couché*. En el artículo describían su vida, la época en que fue reportera, cuando conoció a un joven y brillante político con el que se casó y que llegó a ser presidente de Estados Unidos. Se llamaba Jacqueline Bouvier Kennedy, pero la llamaban «Jackie». Decían en la revista que en su tiempo fue la más elegante del mundo. Le cautivaba la vida de esa mujer. Tantas alegrías y también tantas desgracias padecidas. «¿Cómo pudo sobreponerse al asesinato de su marido?», se preguntaba. Sentía casi hasta vértigo al imaginarse aquellas vidas; sin embargo, algo de esos mundos le atraía. Luego se arrepentía de aquellos pensamientos y cerraba la revista. Su existencia era tan plácida y tranquila...